



de
Dennis
O'Neil
y
W.M. Rogers

Batman creado
por Bob Kane
con Bill
Finger

El fiscal murió a las ocho en punto. Acababa de abandonar el calor húmedo del vestíbulo del hotel de las Torres de Gotham para salir a la calle 48 Oeste, con el frío de finales de febrero, y se apresuró a alcanzar la limusina que le aguardaba en la curva, embutido en su abrigo de camello y hablando con el hombre que le acompañaba.
—Creo que por fin tenemos a la mafia de Lewes contra las cuerdas, Bruce —dijo el fiscal.
—Eso espero, Bernie —replicó Bruce Wayne—. Al menos

confiaré en tu palabra. El crimen es algo muy ajeno a mí.

El fiscal esbozó una sonrisa condescendiente:

—Por decirlo de manera suave.

—¿Te invito a cenar? —preguntó Wayne.

—Lo siento, esta noche tengo una reunión muy importante y un poco de trabajo que hacer en casa...

El fiscal se detuvo y resolló. Al hundirse el hombro izquierdo, murmuró:

—Maldita sea.

Le temblaron las rodillas y se desmayó de forma rápida y extraña, como si le hubieran seccionado todas las articulaciones del cuerpo. Su cabeza dio contra la acera antes de que Wayne pudiera sujetarle.

De rodillas, Wayne gritó al chófer que estaba esperándolos: —¡Avisa a un médico! —Y al fiscal le dijo—: No te preocupes, Bernie. Ya vienen a ayudarte.

El pecho del fiscal se agitaba y sus ojos se movían con rapidez en todas direcciones, como si estuvieran buscando desesperadamente algo imposible de ver. Sus labios pálidos apenas se movieron cuando dijo:

—Reunión con el hombre ciego... tres minutos tras la medianoche... a salvo hasta entonces...

—¿Dónde, Bernie? —preguntó Bruce con insistencia—. ¿Dónde vas a reunirte con él?

Sus ojos dejaron de moverse y las luces de un taxi al pasar se reflejaron en ellos.

Wayne se puso en pie y se quedó mirando por unos instantes el cadáver de su amigo.

—Iré a por él en tu nombre, Bernie —susurró.

—Ya viene el médico, señor Wayne —gritó el chófer desde la limusina, sujetando un pequeño micrófono.

—Disculpe —dijo Wayne, temblando con violencia—. Tengo que volver dentro. Estoy... terriblemente afectado.



Al cabo de un minuto estaba en un callejón de la parte trasera del hotel, y echó su abrigo, su traje y sus zapatos a un cubo de la basura. Cualquier observador atento se habría percatado de que esa ropa había sido cuidadosamente hecha a medida para ocultar la musculatura esbelta y atlética de Wayne. Ahora estaba ataviado con un ajustado traje negro, gris y azul que no reflejaba ninguna luz en absoluto. La parte superior de su rostro se mantenía oculta bajo una capucha que alteraba de formas sutiles el contorno de su cabeza y una voluminosa capa ondeaba a sus espaldas. Contra el fondo lóbrego del callejón, él era prácticamente invisible.



Se acercó a la entrada de servicio, retiró un instrumento metálico de uno de los compartimentos de su cinturón y lo aplicó a la cerradura. La puerta se abrió y él se deslizó por una zona estrecha repleta de brillantes utensilios de cocina. En un rincón, junto a un enorme depósito de acero inoxidable, un hombre gordo con un delantal blanco bebía a sorbos una botella de jerez y rellenaba una quiniela.

—¡Tú!

El hombre miró hacia arriba y dijo sorprendido:

—¡Batman!

La botella de jerez se hizo añicos contra las baldosas del suelo.

—Mira... —balbuéó el hombre—. Puede que haya hecho alguna trampita al declarar mis ingresos, pero es que con tres exmujeres tengo gastos que ni te imaginas...

Ignorando la confesión, el Hombre Murciélago dijo:

—Había alguien nuevo trabajando en el torneo benéfico de *backgammon* que se ha celebrado hoy en el salón principal: un cocinero, un camarero, quizá un ayudante...

—Sí, exacto. Un camarero. Un tipo fuerte, como un luchador, muy malhumorado.

—¿Dónde está ahora?

—El turno de los camareros acaba de terminar. Supongo que estará en los vestuarios.

Al salir, Batman dijo:

—Pagarás el dinero de los impuestos que debes.

—Sí, claro, iba a hacerlo de todas formas, mañana por la mañana, sin falta.

Batman estaba apoyado en una pared, de brazos cruzados, cuando el fornido camarero salió de los vestuarios.

—¿Hablamos? —preguntó Batman.

El camarero echó a correr a toda prisa hacia las escaleras que ponían fin al estrecho corredor.

En vez de ir tras él, la figura de la capa se acercó a una ventana, la abrió y salió a una escalera de incendios. Al cabo de unos segundos, estaba de pie en la azotea, 40 pisos por encima de la avenida, con su silueta recortada contra el resplandor de la iluminación artificial de la ciudad.



El camarero salió a la azotea, jadeando y frotándose la frente con una manga, e inmediatamente notó la mano de Batman sobre su hombro.

—¿Listo para hablar?

El camarero dio un respingo y rebuscó algo en el bolsillo de su chaqueta.

—Empiezo yo —dijo Batman—. Hace un rato le has servido a Bernard Sorrel un aperitivo envenenado, seguramente cloruro de tubocurarina en una solución neutralizante para retrasar los efectos.

Todavía hurgando en el bolsillo, el camarero preguntó:

—¿Cómo sabías que iba a subir aquí?

—Lámalo instinto. He visto huir a muchos cobardes.

—Cobarde, ¿eh? —el camarero por fin sacó una porra, medio kilo de plomo revestido de cuero con una empuñadura—. Voy a triturarte, pequeño, te convertiré en carne picada.

Batman se encogió de hombros:

—Haz lo que puedas.

La porra trazó un arco en el aire. Antes de poder impactar en el cráneo de Batman, se detuvo cuando Batman atrapó el antebrazo del camarero y lo estrujó entre sus dedos. Con un grito abrupto y sorprendido, el camarero soltó el arma

y cayó de rodillas mientras Batman, con calma, le obligaba a bajar el brazo.

—Milo Lewes te contrató para matar a Bernard Sorrel. No te molestes en negarlo. Las pruebas que aún no he conseguido serán fáciles de obtener.

—¡Va...! le!

—La pregunta es: ¿por qué?

—El ciego iba a chivarse a Sorrel.

—¿Cuándo?

—En algún momento de esta noche.

—¿Dónde?

—No lo sé. Lewes solo me había pagado para liquidar a Sorrel. Lo demás lo he sabido por haber escuchado cuando no debía.

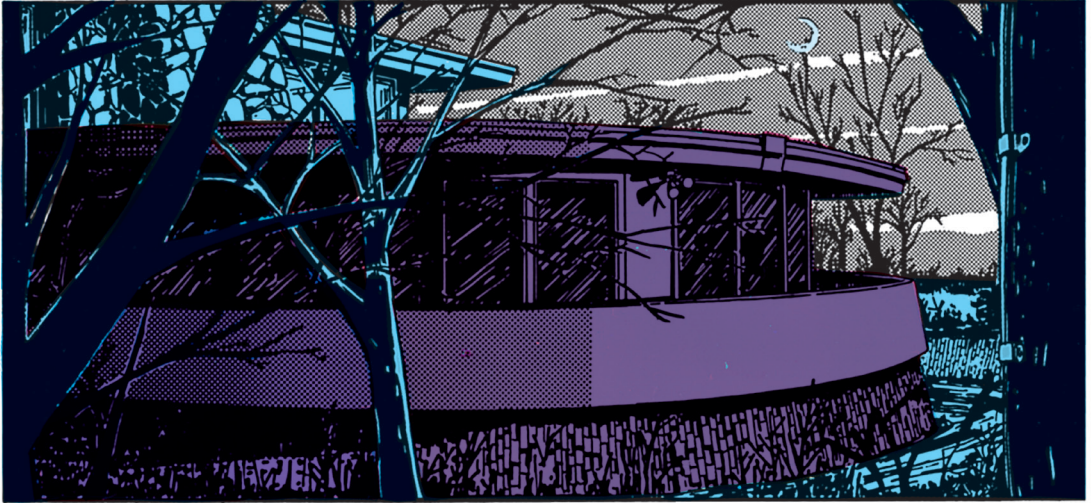
Batman aflojó su agarre y permitió que el asesino se levantara.

—Te entregarás a la policía —dijo Batman.

—¿Estás loco?

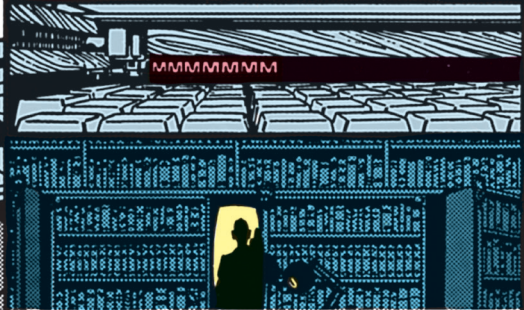
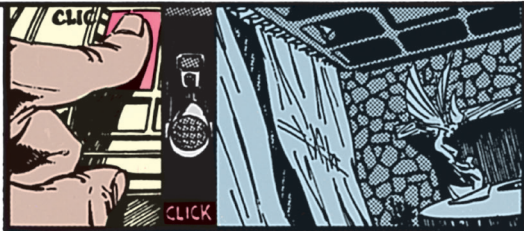
Suspirando, Batman ejerció presión en un nervio del cuello del camarero y le dejó inconsciente sobre el suelo alquitranado.





A 20 kilómetros de allí, un teléfono sonó en medio del silencio de un dormitorio revestido con madera de roble. Alfred Pennyworth dejó el trapo con el que limpiaba sobre el escritorio y descolgó el aparato.

—Residencia Wayne. Al habla Alfred Pennyworth, mayordomo.
—Alfred, ¿está Dick por ahí?
—No, señor Bruce. Pensaba irse a la Universidad de Hudson directamente después de ver una película del señor Buster Keaton en un cine dedicado a las retrospectivas de clásicos. “Pura dinamita”, fue como la describió. Confieso que me desconcierta la jerga actual de la juven...
—Claro. Me habría venido bien su ayuda, pero nos las arreglaremos sin ella. Comprueba los resultados que puede dar el ordenador sobre alguien apodado “el hombre ciego”, miembro de la banda de Milo Lewes.
—Un momento, señor.



Alfred tocó un panel situado en la base de una lámpara: una porción del escritorio se deslizó hacia atrás para revelar las teclas de un ordenador, y una hilera de robustos volúmenes se separó del resto para dejar al descubierto una enorme pantalla. Alfred pulsó ciertas teclas y en la pantalla apareció información.

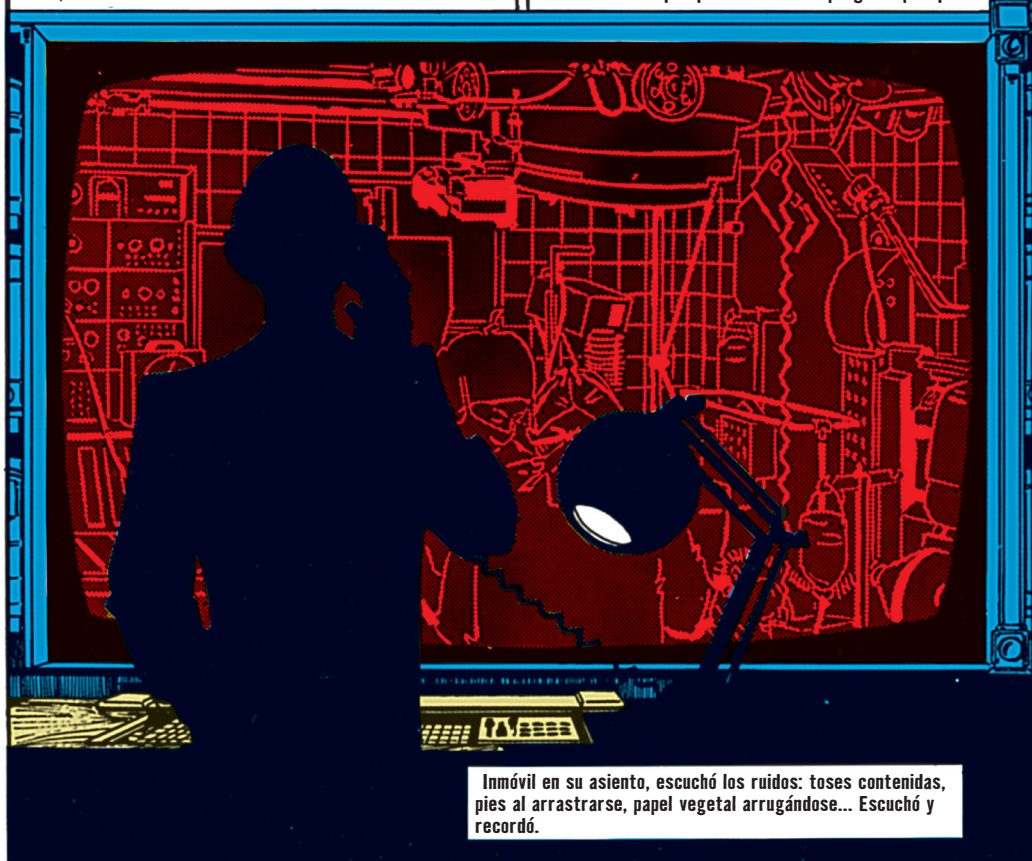


—Habla, Alfred —dijo Batman con impaciencia.
—Anthony Toombs, alias “Tony la Tumba”, alias “Ciego Tony”, alias “el hombre ciego”.
—Es él —dijo Batman.
—Nacido en Rockford, Illinois, el 19 de julio de 1927. Madre: Bertha Toombs. Padre: desconocido. Se le otorgó una beca para estudiar en la Universidad Estatal de Billington...
—Ahórrate el trasfondo. Pasa a su asociación con Lewes.



—Empezó a trabajar para Milo Lewes, como contable, en la fecha aproximada del 5 de noviembre de 1967. No constan actividades criminales. El 24 de diciembre de 1968 recibió un disparo, una bala del calibre 25. Daños graves en el nervio óptico le provocaron una ceguera total.
—¿Se sabe quién le disparó?
—No, señor Bruce.

—¿Algún rasgo personal destacado? ¿Habilidades especiales? Alfred pulsó unas cuantas teclas, hizo una pausa y leyó:
—El sujeto dispone de una memoria prodigiosa.
—Tiene sentido —dijo Batman—. Lo más seguro es que conserve suficiente información en la cabeza para desarticular todas las operaciones de Lewes, y por algún motivo es exactamente lo que quiere hacer. Me pregunto por qué.



Inmóvil en su asiento, escuchó los ruidos: toses contenidas, pies al arrastrarse, papel vegetal arrugándose... Escuchó y recordó.

Había estado en el diminuto hueco que había bajo las escaleras, un lugar oculto en el que le gustaba pasar tiempo a solas, lejos del mal humor de los demás, que constantemente le recordaban su pérdida. Reconoció los pasos de Lewes, su jefe, y de Benny, el nuevo guardaespaldas de Lewes.

—Sigue teniendo cerca al ciego para reírse de él, ¿eh?
—Era Benny el que hablaba, y causó un dolor agudo en quien escuchaba.

—No, no, Benjamin. Nuestro Anthony es muy útil —Milo Lewes.

Los pasos se detuvieron. El chasquido de un mechero. El aroma del tabaco.

—¿Para qué?

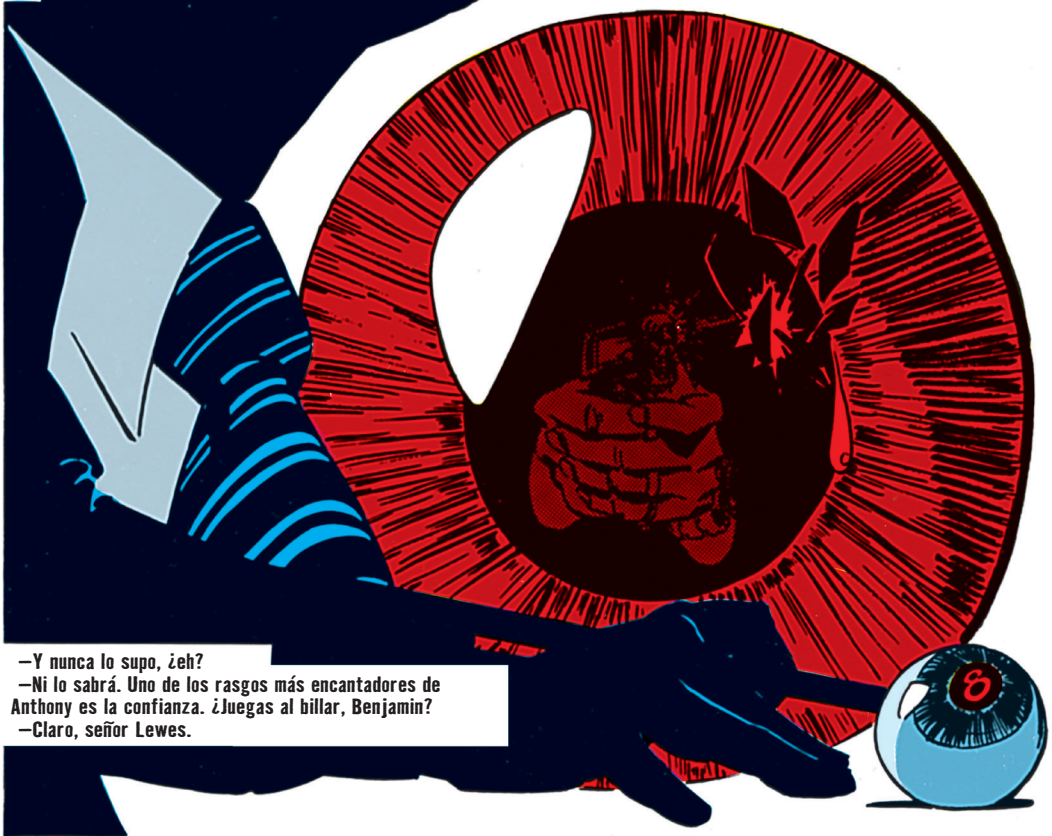
—Aprende lo que sea, al instante y sin fallos. Con su memoria disponible, no tengo por qué preocuparme de registros... de nombres y números sobre papel. Y lo que no está registrado no puede utilizarse como prueba en mi contra.

—Genial —dijo Benny, maravillado—. Supongo que tiene esa memoria porque nació siendo ciego, ¿eh?

—Una vez más, Benjamin, te equivocas. Fue por una herida de bala.

Entonces Milo Lewes rio por lo bajo, y pronunció las palabras que provocaron 10 años de rabia, dolor y odio. Dijo:


—Lo que nuestro Anthony no sabe es que yo disparé esa bala. Iba un poco perjudicado, fue en Nochebuena, y jugaba con lo que me había regalado un querido amigo mío, una automática Llama del calibre 25. No me di cuenta de que esa arma del diablo estaba cargada hasta que se disparó y le dio a Anthony, que dormía en la habitación contigua. Aquello le dejó sin vista para siempre.



—Y nunca lo supo, ¿eh?


—Ni lo sabrá. Uno de los rasgos más encantadores de Anthony es la confianza. ¿Juegas al billar, Benjamin?

—Claro, señor Lewes.



Durante una hora, se quedó quieto revisando mentalmente las agonías y humillaciones que había sufrido a lo largo de la última década.

Luego abandonó su refugio para acercarse al teléfono y preguntó a la operadora por el número de la fiscalía...



—...Al comisario Gordon que puede recoger al asesino de Sorrel en la azotea de las Torres —le estaba diciendo Batman a Alfred—. No tendrá demasiados problemas para obtener una confesión por su parte.



—Por supuesto. Ha quebrado su espíritu, supongo...
—Lo he dejado maltrecho. No he tenido tiempo de aplicarle el tratamiento completo. Lewes no es de esas personas que corren riesgos. No se dará por satisfecho con eliminar a Bernie Sorrel. También tendrá pistolas apuntando al hombre ciego. Tengo que llegar hasta él primero.
—Buena suerte, señor Bruce.





Batman salió de la cabina y miró hacia arriba, al reloj digital que había en lo alto del Edificio Arch. Las nueve y dos minutos. A las doce y tres —tres minutos tras la medianoche— el hombre ciego abandonaría su refugio, dondequiera que estuviese, y se convertiría en la presa de los cazadores de Lewes. Batman tenía exactamente tres horas y un minuto para dar con él.

¿Dónde se escondería un ciego? ¿Dónde podría estar?

Batman decidió preguntárselo a Milo Lewes.

—Noticias interesantes —dijo Lewes. Y añadió—: Bola ocho al agujero lateral.

Se inclinó sobre la mesa forrada de fieltro y posicionó el taco hasta enviar la bola blanca contra la negra, y la negra al agujero de la esquina. Milo Lewes sonrió y se volvió hacia su guardaespaldas.

—Con esto ya me debes 90 dólares, Benjamin. Y ahora, repítemelo, por favor... ¿Qué ha dicho Boilerplate?

—Que Gimp y él habían visto al hombre ciego y que dentro de un par de horas o así le liquidarían.

—Ah. —Lewes puso tiza en su taco y con gesto de fastidio quitó el polvo de tiza que había caído sobre el cuello de terciopelo de su bata japonesa—. ¿Y dónde se ha estado escondiendo nuestro Anthony?

—Boilerplate no lo ha dicho.

—¿No se lo has preguntado? Benjamin, ¿no te ha informado nadie de que tu inteligencia es limitada?

Benny puso mala cara.

—En mi barrio, donde me crie, no hacía falta ser listo, solo duro.

—¿O más bien pilló y rastrero?

Lewes y Benny se volvieron de repente cuando Batman emergió tras las pesadas cortinas carmesíes.

—Buenas noches, caballeros.

Lewes se quitó un mechón pelirrojo de la frente y se inclinó un poco hacia delante.

—Ah, el galán al que nuestros tabloides más zalamosos apodan "el Cruzado de la Capa". ¿Has burlado nuestro sistema de alarmas?

—¿"Alarmas"? ¿Eso? No, Milo, eran juguetes. Deberías invertir en instrumental decente.

—Eso haré.

—Y pagarlo con los ingresos que obtienes a costa de meter basura en las venas de los indefensos.

—Prefiero considerar mi producto un alivio para el sufrimiento. ¿Puedo ofrecerte algún refrigerio? Tengo un brandy excelente que me envía un querido amigo mío de la región de Cognac, en Francia.

—No, gracias. Me temo que habrá algo más aparte de brandy en esa botella... Cloruro de tubocurarina, por ejemplo.

—¿Veneno en mi propia casa? Cielos, no. Eso sería de mal gusto.

—Basta de cháchara, Milo. Tu conversación me provoca ardor de estómago y, además, estamos aburriendo a Benny. Está ansioso por desenfundar la Browning de nueve milímetros que lleva en su pistolera Berns-Martin, bajo la chaqueta.

Benny se quedó boquiabierto.

—¡Ha sido de chiripa!

—Pura observación, Benny... unida al conocimiento de los hábitos de vida de los insectos rastrosos.

Lewes rio entre dientes.

—Me parece que alguien acaba de insultarte, Benjamin.

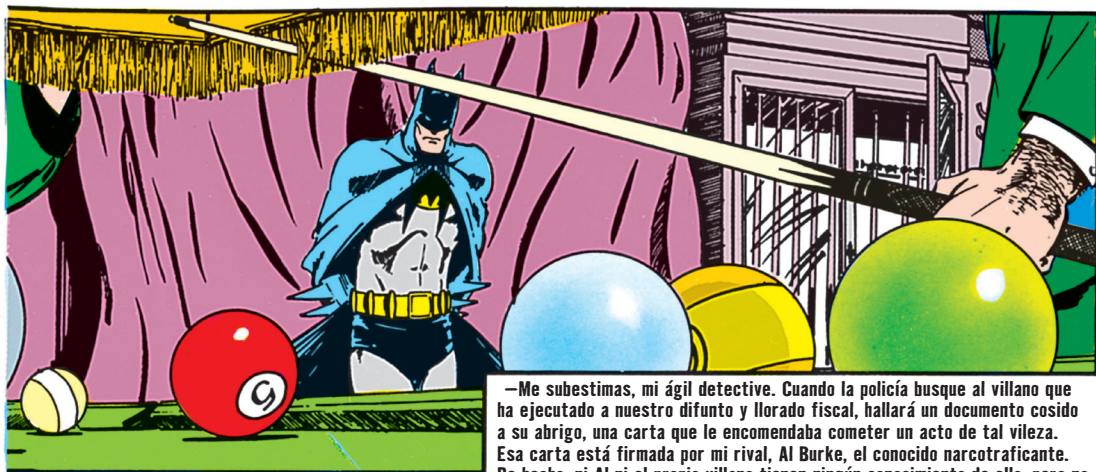
Benny había estado practicando. Benny era rápido. La pistola pareció brotar de su puño, de la nada, cuando la levantó y apuntó a su objetivo.

Por el contrario, Batman parecía haber estado moviéndose a cámara lenta. Parecía flotar en el aire, igual que una hoja mecida por una suave brisa, su enorme cuerpo pivotaba sobre las puntas de unos dedos que apenas tocaron la mesa. Y aun así, antes de que Benny pudiese apretar el gatillo, los talones del Hombre Murciélago se hundieron en su plexo solar. Benny se elevó por los aires desde las puntas de sus pies, con la mandíbula desencajada, y la piel se le oscureció hasta adoptar el tono de la ceniza, mientras boqueaba como un pececillo fuera del agua. Al completar Batman su salto, Benny ya estaba cayendo sobre la gruesa alfombra persa.

—Espléndido. —Lewes aplaudía—. Mijail Barýshnikov ha encontrado la horma de su zapato. Te has equivocado de vocación. Deberías haber sido bailarín.

—Será mejor que confieses, Milo. Estás acabado. El matón al que contratas para asesinar a Sorrel cantará y te juzgarán por asesinato. Si me ayudas a salvar al hombre ciego, tal vez el jurado lo tenga en cuenta.





—Me subestimas, mi ágil detective. Cuando la policía busque al villano que ha ejecutado a nuestro difunto y llorado fiscal, hallará un documento cosido a su abrigo, una carta que le encomendaba cometer un acto de tal vileza. Esa carta está firmada por mi rival, Al Burke, el conocido narcotraficante. De hecho, ni Al ni el propio villano tienen ningún conocimiento de ello, pero no esperaremos que los agentes de la autoridad pasen por alto una prueba tan evidente, ¿verdad?

—¿Esperabas que detuvieran al asesino?

—Más bien me he anticipado a cualquier eventualidad y he adoptado las precauciones adecuadas.

Lewes se acercó al aparador de teca y sirvió vino de un decantador en una copa de cristal tallado.

—No te angusties, querido detective. Tu actuación ha sido extraordinaria, pero estás acostumbrado a tratar con hampones. Yo soy un genio. ¿Eres consciente de que me licencié *magna cum laude* por la Sorbona?

—Lewes tomó un sorbo y chasqueó los labios en señal de aprobación.

—Excelente. Châteauneuf-du-Pape del 68. Una añada superior.

—Seguro que te lo envía un querido amigo tuyo.

—Por supuesto. Veo en ti a una persona de ingenio y sensibilidad. ¿Por qué no abandonas tu desesperada búsqueda del condenado Tony, te quitas esa ridícula máscara y disfrutas de mi compañía?

—Eres inteligente y culto, Milo, y tan refinado que podrías dar lecciones de etiqueta a una princesa. Pero, aparte de ese refinamiento, eres alguien enfermo, perverso y cruel como una víbora. En ciertas sociedades, encierran a los de tu calaña en el sótano.

El vino se derramó sobre la manga de la bata de Lewes, que habló entre dientes:

—¿Te atreves a asumir una actitud de superioridad? ¡No eres más que un idiota ufano y jactancioso! Mañana Tony será un trozo de carne sobre la mesa de una morgue y tú serás consciente de tu fracaso y sufrirás por ello.

—¿Dónde está? —preguntó Batman con calma.

—Sinceramente, no lo sé. En algún lugar de Gotham City, imagino. —Lewes señaló el reloj de ormolú que había sobre la repisa de la chimenea—. Son las once. Tienes una hora para encontrarle.

—Milo, tómate el vino. Saboréalo. Luego pon en orden tus asuntos y llama a tus amigos más queridos para despedirte de ellos. Diles que tu próxima dirección será una cárcel o una tumba porque... escúchame bien, Milo... encontraré al hombre ciego y volveré y te destruiré. Te veré lloriquear, suplicar y arrastrarte.

Cuando un golpe de viento frío sacudió las cortinas carmesíes, Batman ya había desaparecido.



En algún lugar de Gotham City...

Es un monstruo que se esparce a lo largo de 40 kilómetros de la Costa Este, inquieto, bullicioso e incansable. Ocho millones de seres humanos viven en unas calles que, si se pusieran en línea recta, llegarían incluso a Tokio, y lo hacen en miles de barrios: desde los edificios de viviendas de Chancerville, donde las ratas anidan entre sábanas de bebés y las abuelas rebuscan en cubos de basura, hasta los áticos de Manor Row, donde el precio de una sola comida servida bastaría para mantener a una familia de inmigrantes durante un año entero. Hay incontables estancias, recovecos y rincones en bares, embarcaciones, casas, hoteles, ascensores, oficinas, salas de cine y teatro, chabolas, túneles, estaciones, tiendas, fábricas, restaurantes, quioscos, hospitales, desguaces, cementerios, autobuses, coches, trenes, tranvías, puentes, muelles, cloacas, parques, cárceles, tanatorios... Refugios de los vivos y de los muertos, de los millonarios y de los mendigos, de las sabandijas y de los santos.

Los ejércitos de Napoleón podrían llevar a cabo esta húsqueda durante toda una vida y dejarían sitios sin registrar.

Un investigador excepcionalmente enérgico podría visitar los más probables en un mes.

Batman tenía menos de 60 minutos.

Envuelto en su capa, ajeno a los burlones ecos del tráfico distante y a los pálidos dedos de la niebla que se alzaba desde el río, permitió que su ser fluyera hacia el exterior, que sondeara las profundidades del monstruo.

Sabía que dos pistoleros habían localizado al hombre ciego, seguramente por casualidad.

Dos mercenarios desarraigados, deseosos de dar rienda suelta a sus más bajos instintos un sábado por la noche, buscarían los antros más dudosos del centro de la ciudad. Y allí, entonces, habían visto a su presa.

Y un hombre ciego no sería capaz de apartarse demasiado del feo corazón de la ciudad, y menos si planeaba reunirse con alguien a una hora acordada.

Temería a todo y a todos, insistiría en que el encuentro se produjera lejos de los espías que se habían infiltrado en las instituciones legales, insistiría en que fuese en territorio neutral. Iría donde sus enemigos no esperasen que estuviera.

Se ampararía en la oscuridad, esperando aprovecharla en su beneficio.

Una oscuridad que se disiparía tres minutos tras la medianoche...

¡Por supuesto! ¡La respuesta era obvia!



Mientras se dirigía a toda velocidad a su vulgar destino, quizá Batman daba las gracias en silencio a Alfred Pennyworth... por haber mencionado una película de cine mudo. Boilerplate Thomas se zampó el último bocado de un perrito caliente con mostaza y chucrut, eructó y observó a los transeúntes: un marinero que se tambaleaba cantando sobre una sirena y un abrelatas; un enano trajeado fumando en cachimba; una anciana cargada con un par de bolsas de la compra llenas a rebotar que gritaba: "¡Comunistas! ¡Nenas! ¡Agrónomos!".

Le dio un codazo a su acompañante:

—¡Oye, Gimper! ¿Y si despachamos al ciego y nos vamos a comer algo? Me apetecen ostras.

Gimp Malone consultó su reloj de pulsera:

—Medianoche. Será mejor que entremos.

Salieron por la puerta y se unieron a la multitud de vándales. La actividad en aquella manzana del centro urbano se estaba volviendo frenética: quienes no habían encontrado las emociones que buscaban se desesperaban, y quienes lo habían logrado intentaban ocultar su decepción. Las carcajadas eran estridentes. Los movimientos eran vacilantes. Las zonas iluminadas de neón creaban un aura de irrealidad incandescente. Boilerplate y Gimp cruzaron la calle sin prisa —Boilerplate oscilando como un pingüino descomunal, Gimp dando brinco como un conejo estúpido— y se acercaron al Cine Olympic.



Boilerplate miró la marquesina con los ojos entrecerrados y, con esfuerzo, leyó en voz alta:

—Buster Keaton en *El maquinista de La General*. ¿Es una peli de guerra?

—le preguntó a Gimp.

—A lo mejor.

La taquilla estaba desierta y el responsable había abandonado su puesto. Boilerplate y Gimp entraron en el Olympic y se sentaron en la última fila.

Allí quedaban una docena de asistentes, y cinco estaban roncando.



—¿Le ves, Gimp?

—Qué va, pero le veré cuando enciendan las luces. Comprueba tu revólver.

Desenfundaron dos Magnum del 44 idénticos, se los pusieron entre las rodillas e hicieron girar los cilindros del tambor. Satisfechos, dejaron los revólveres en el regazo y observaron las imágenes parpadeantes de la pantalla.

—¿Por qué no hablan? —preguntó Boilerplate, ofendido.

—No grites tanto, idiota.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Es una peli muda, por eso.

—¿Es algo nuevo? Nunca funcionará.

El hombre ciego se ocultaba en su asiento. Estaban justo detrás de él, Thomas y Malone, los dos asesinos a sueldo a los que Milo recurría cuando no quería involucrar a su organización en un trabajo sucio.

No podía ser coincidencia. Habían ido allí a matarle. Se le secó la garganta, le tembló un nervio en la mejilla y notó sus latidos en las sienes. ¿Podría burlarlos? ¿Llegar hasta la salida sin que le vieran? No. Los golpes de su

bastón les alertarían, o tropezarían, y el plomo ardiente de sus armas le rasgaría la piel... Intentó recordar una plegaria.

—Hola, Tony.

El hombre ciego notó el aliento cálido en el cuello, olió la mostaza y el chucrut, y el sudor hizo que le escocieran las comisuras de los párpados de sus ojos invidentes.

—Estamos esperando, Tony —dijo Gimp Malone—. Esperando a que no haya multitudes ni polis.

—Se acabó el espectáculo, Tony —intervino Boilerplate Thomas—. Y no te habías dado cuenta.

—Lo que vas a hacer, Tony, es ir donde te guíemos, de manera silenciosa y pacífica.

Indefenso, el hombre ciego dejó que le empujaran hacia delante. Perdió todo sentido de la orientación, pero se dio cuenta de que estaban llevándole hasta la cabecera de la sala, a la zona vacía que había detrás de la pantalla.

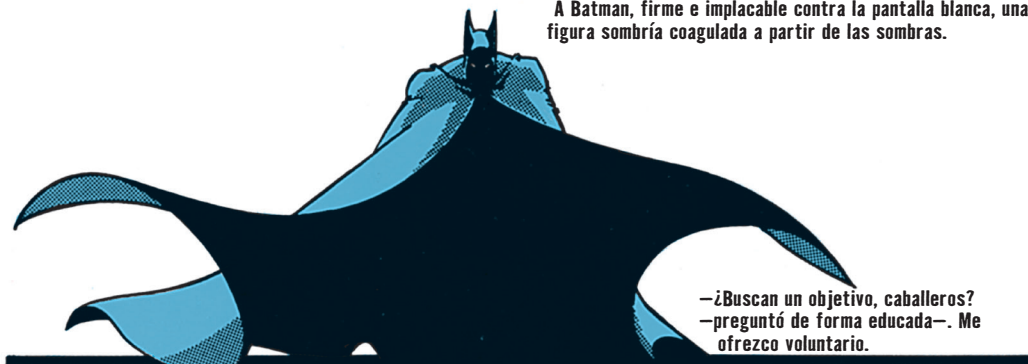
—Tengo ahorros —dijo—. Puedo pagar.

—Estupendo —dijo Thomas—. Podrás costear un funeral precioso.

Luego, Anthony Toombs se preguntaría si fue una alucinación, un espejismo propiciado por su miedo incommensurable y por la esperanza en la salvación, tan sorprendente como imprevista. Ilusorios o no, atesoraría esos instantes de vio-

lencia hasta el fin de sus días, y seguiría convencido de que, a las doce y tres minutos, su oscuridad personal se había visto efímeramente suspendida y él había podido ver aquello:

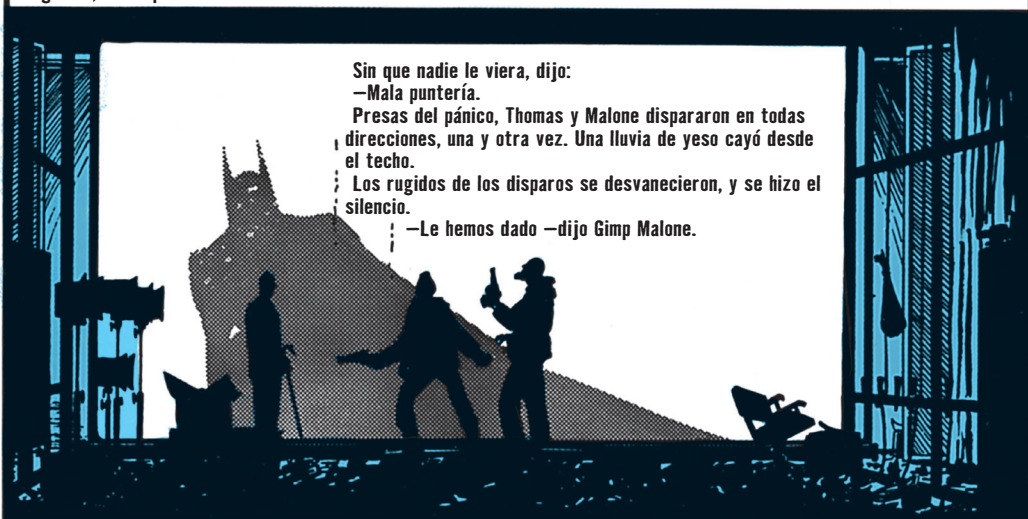
A Batman, firme e implacable contra la pantalla blanca, una figura sombría coagulada a partir de las sombras.



—¿Buscan un objetivo, caballeros?
—preguntó de forma educada—. Me ofrezco voluntario.



Thomas y Malone apuntaron con sus Colt y unas llamas naranjas y azuladas emanaron de la boca de sus cañones. La pantalla tembló y dos agujeros hendieron su resplandeciente superficie, pero Batman permaneció intacto; igual que antes se había coagulado, ahora parecía haberse disuelto.



Sin que nadie le viera, dijo:
—Mala puntería.
Presas del pánico, Thomas y Malone dispararon en todas direcciones, una y otra vez. Una lluvia de yeso cayó desde el techo.
Los ruidos de los disparos se desvanecieron, y se hizo el silencio.
—Le hemos dado —dijo Gimp Malone.

El hombre ciego sabía que se equivocaba. El hombre ciego pudo ver el puño de Batman enviar a Malone al pasillo, donde quedó tirado como un despojo.
Después Batman se enfrentó a Boilerplate Thomas. Thomas empezó a levantar el Colt.

—Es probable que te salga bien —dijo Batman—. Si eres rápido, y si tu revólver no está descargado, podrías arreglártelas para abatirme antes de que te lo meta por la oreja.
Y el hombre ciego vio a Thomas entregarle el arma a Batman, con la empuñadura por delante.

La familiar oscuridad volvió a nublar su vista y él halló consuelo.



Aunque todo había salido mal, Milo Lewes no se culpaba por ello. Ningún genio era infalible: César, Alejandro, Rommel... todos habían sufrido derrotas que, al final, sirvieron para enfatizar sus copiosas victorias. Los *cognoscenti* brindarían por la astucia y la brillantez de Milo Lewes en sus salones, de eso él no tenía ni la menor duda. Cierto, su organización había quedado desmantelada: su espía en la Jefatura de Policía había descrito que el hombre ciego, aterrado, había confesado hasta el último de los detalles, y Milo estaba seguro de que ya había grandullones uniformados acudiendo a sus laboratorios y puntos de suministro, y seguramente incluso a su casa.

No le encontrarían. Con el tiempo, descubrirían que estaba en un país sin tratado de extradición, viviendo cómodamente con los fondos de sus cuentas bancarias secretas en Suiza. Quizá incluso le enviaría a Batman una postal para invitarle a ir de visita; sí, sería un detalle delicioso.




La aeronave le esperaba sobre la pista de asfalto, sumida en una pequeña balsa de niebla, con la cabina brillante bajo los inclinados rayos solares del amanecer. Por lo demás, aquel pequeño aeródromo privado estaba vacío. Excelente. Lewes saludó con la mano a Benny, que se iba en el Rolls-Royce, y subió al avión. Dejó su maleta en el compartimento del equipaje, se arrellanó en la butaca acolchada y encendió el interfono.

—Estoy listo —dijo—. Emprendamos el vuelo.

—¿A la cárcel o a la tumba, Milo?

Milo Lewes reconoció la voz procedente del comunicador y sopesó la posibilidad de huir a toda prisa por la escotilla de emergencia, o de arremeter contra la cabina, o de desenfundar su automática, una Llama. Pero no hizo nada de eso.

A man in a red suit and glasses is sitting in a chair, framed by a large, dark, abstract shape that resembles a stylized letter 'S' or a similar curve. The background is dark blue/black, and the man is set against a bright yellow background within the curve. The overall style is graphic and minimalist.

En cambio, centró sus esfuerzos en
controlar sus ansias por lloriquear.

Por suplicar.

Por arrastrarse.

